

Aún recuerdo aquel paisaje. Un infinito manto amarillo cubría el suelo que mis familiares y yo pisábamos. En diversas ocasiones me pregunté que habría debajo de todos esos pequeños granitos de arena... ¿un mundo nuevo quizá?

Pero ni siquiera el inmerso silencio de aquél desierto me dio la respuesta que yo andaba buscando...

Mi nombre es Nokir y provengo de ese misterioso lugar, el desierto del Sahara. Estuve viviendo allí hasta que cumplí los ocho años, porque, por razones que desconozco, unos hombres blancos me trajeron a una nueva casa en la que vivía mi nueva familia.

La verdad es que los recuerdos que hoy permanecen en mi memoria acerca de aquella vida, son muy escasos, pero sé que allí todo es diferente desde los paisajes, hasta el modo de vida. Hoy puedo hablar de ello porque al venir aquí, a Donosti, me enseñaron a comunicarme en castellano y en “euskera”, a leer y a escribir... y puedo asegurar que allí te despiertas preguntándote si tendrás alimento y si podrás ver pasar un nuevo día. El resto de las cosas que aquí son imprescindibles, allí se desconocen.

Quizás esto fue una de las cosas que más me llamó la atención, es decir, me pareció imposible que unos cuantos kilómetros cambiaran tanto a las personas y a su forma de ver la vida. Cuando aquellos “hombres de piel pálida” se me acercaron, no pude imaginarme que era para llevarme a un paraíso lleno de magia, lleno de colores de sonidos, de olores y aromas diferentes... en definitiva: un lugar lleno de variedad.

Al día siguiente de llegar, mis nuevos padres me llevaron a la Concha. Primero me taparon los ojos y me pusieron arena entre las manos. En aquel momento yo no entendía nada porque por un lado me pareció estar en mi tierra, pero por otro lado, no podía saber de donde provenía aquel fuerte ruido que no se parecía a ninguno de los animales que había visto hasta entonces.

Sin embargo, pronto salí de dudas cuando vi aquello. Era como un poderoso Dios que acariciaba suavemente la arena. Si, así es. Estoy hablando del mar, del agua que baña las playas con su continuo baile... En un principio me asuste porque hasta el momento todo el agua que había visto eran las minúsculas gotas de rocío que a veces aparecían en las pocas plantas que teníamos; pero después, una sensación de grandeza y

libertad se adueñó de mí recorriendo todo el cuerpo. No pude reaccionar del asombro que tenía encima.

El tiempo fue pasando y como mis padres me dieron la oportunidad de seguir estudiando, decidí que quería dedicarme a aquello que siempre me llamó la atención: el agua. Así que estudié biología, y comencé a hacer estudios acerca del agua de la costa Vasca, y de los ríos.

Y con total seguridad, aunque con gran tristeza, puedo afirmar que los humanos no somos capaces de cuidar algo tan valioso y tan importante como es esta fuente de vida, de la cual solo pueden disfrutar unos pocos privilegiados. Al contrario; la gente tira al agua objetos, suciedad, bolsas de plástico, y todo aquello que le estorba sin preocuparse de las consecuencias que esa contaminación puede tener. Pero estoy seguro de que si el resto de la gente hubiese tenido la oportunidad de saber qué es vivir sin el agua en abundancia, no derrocharía e intentaría cuidarla más.

Tened esto en cuenta: si no lo queréis hacer por vosotros, hacedlo por vuestros descendientes y dadles la oportunidad de ver el mar y los ríos limpios.

Esto es un consejo de alguien que ha pasado de vivir en el Sahara a vivir en la Concha y que ha caminado sobre arenas secas y arenas húmedas llegando a conocer bien la diferencia de ambas.

Ainhoa Gaztelumendi Onecha

1ª Bachillerato

Azterkosta 1999